REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica — **1934** — Sábado 14 de Abril — Núm. 14

Año XV. No. 678

SUMARIO

La tragedia física del Chaco

Por LINDOLFO COLLOR

= De *La Prensa*. Buenos Aires.—Envío de *Carmen Lyra*. =



Carreta en el Chaco

Madera de *Federico R. Franke*

Si en la geografía política y en la historia, que son hechas por la inteligencia y por los errores de los hombres, llegan las confusiones al punto de que no se sepa si el Chaco es el Chaco o la provincia de los Chiriguanos, las dudas no son menores en su geografía física y constitución geológica. Admítese como verdad indiscutible que el Chaco sea geológicamente la continuación de la pampa, lo que equivale a decir que el Chaco es la pampa tropical o, mejor, la pampa que se tropicaliza a medida que se extiende hacia el Norte. Veámos si se puede dar a la conclusión el alcance de una verdad absoluta.

No hay, quizá, en todo el mundo caso más curioso de tan abrupta diferenciación entre dos regiones como ese que nos ofrecen las dos márgenes del Paraguay-Paraná. Del lado occidental, el terreno es bajo y sólo a grandes distancias del río llega a algunas decenas de metros de altura, en un desnivel absolutamente imperceptible, que en general no será de más de 25 centímetros por kilómetro ($^1/_4$ $^0/_0$).

«Tierra de muchos pantanos, en que hay dificultad de entrar», como ya informaba el virrey al soberano en los tiempos de Hernandarias, es negra, arcillosa, de formación aluvial, completamente desprovista de piedras. Del otro lado, sin embargo, a capas de formación geológica más antigua corresponden tierras bermejas y roqueñas, o bien arenosas, o bien basálticas y, con menos frecuencia calcáreas. En contraposición a los terrenos del lado derecho del río, los del izquierdo son ondulados y están cubiertos de cerrada vegetación. El mundo físico, en suma, tanto el topográfico y el geológico, como el potamográfico y el botánico que se encuentra en una ribera del Paraguay es completamente diverso del que se descubre en el otro. Se diría que median entre esos dos mundos mares o enormes extensiones territoriales, montañas y ríos, tales son sus diversidades de constitución y aspecto.

¿Cómo ha de comprenderse que mundos tan diferentes se encuentren situados sobre las opuestas márgenes de un mismo río?

LOS TRES ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL CHACO

La afirmación de que el Chaco es la continuación de la pampa jamás conseguiría, por sí sola, explicar tal fenómeno. La mesopotamia argentina (Entre Ríos y Corrientes) es también, en efecto, geográficamente, una continuación de la región pampeana, pero sus características geológicas no se confunden con las del Chaco. Todavía se nota mayor diferencia en las formaciones geológicas al oriente del Uruguay, en la República Oriental y en Río Grande del Sur, pero no obstante eso, son esos territorios asimismo, prolongaciones de la «Tiefebene» austral. Basta esa observación preliminar, de geología comparada, para arribar a la conclusión de que en el Chaco existe un fenómeno geológico más complejo que no se explica satisfactoriamente con la simple afirmación de que se trata de una continuación de la pampa. La afirmación es verdadera pero incompleta. Porque si así no fuese, las provincias geológicas situadas en las dos márgenes del Paraguay-Paraná no serían mundos tan diferentes entre sí, puesto que no sólo una de ellas, sino las dos son la prolongación de la pampa.

Nos obliga la lógica a buscar en la constitución geológica del Chaco elementos que no aparecen al oriente del río. En el lado occidental, el conflicto pampa «versus» trópicos se complica con la vecindad de una nueva provincia geológica, que son los Andes. El Chaco participa al mismo tiempo, de la naturaleza pampeana, tropical y andina. Allí está la pampeana: el terreno bajo, casi completamente desprovisto de accidentes topográficos y cursos de agua; también la tropical: la frecuencia de los bosques, que aumenta al paso que se penetra en el territorio, en las direcciones Norte y Nordeste; pero también está la andina, que no es visible, porque se esconde en el subsuelo, formada por compactas masas de desprendimiento, impelidas por el peso de la gravedad del altiplano para la planicie.

Observemos que cuando en las costas del Atlántico, la pampa se encuentra con los trópicos, celebra la Naturaleza una de las fiestas más gloriosas del mundo físico americano. La zona de transición entre los trópicos y la pampa (Río Grande del Sur) es una verdadera maravilla de armonías topográficas: El terreno suavemente ondulado, numerosos cursos de agua, un cuadro floral en todo notable por la belleza y variedad de las especies. La región mesopotámica argentina participa en mucho de esas características, pero ya es, geológica y topográficamente, un terreno de tránsito para la región occidental del Paraguay-Paraná. En el Chaco, sin embargo, como si la naturaleza tomase parte en los conflictos de los hombres o como si les impusiese, por ocultos rencores, sus incompatibilidades telúricas, el encuentro entre la pampa y la cordillera se señala por una de las mayores tragedias físicas del mundo. El Chaco sufre de un mal que le corroe las

entrañas: padece los horrores de su contradictoria formación geológica.

EL «GENIUS LOCI»

Mucho antes, milenios antes de que los hombres de la planicie y del altiplano comenzasen a luchar por la posesión de la región, ya la cordillera y la pampa se disputaban subterráneamente la conquista del desierto. Mucho antes de ser humana, la incompatibilidad entre la planicie y la montaña era allí física y visceral. Es posible que el conflicto de los hombres en el Chaco termine: el otro, sin embargo, perdurará a través de milenios. Si cada lugar tiene la predestinación que le da su genio, bueno o malo, el «genius loci» del Chaco es un espíritu de lucha. Su conflicto vive en el vientre de la tierra. Los discípulos de Paracelso no explicarían las confusiones y los sufrimientos humanos en esa región, sino como una emanación del «espíritu de la tierra» y como el necesario reflejo de sus torturas físicas sobre el carácter y la voluntad de los hombres.

En esa lucha formidable entre la pampa y la cordillera, el Chaco representa topográficamente la victoria de la pampa. Ese triunfo, sin embargo, es más aparente que real: apenas si está en la superficie del terreno. Geológicamente, la victoria es más de la cordillera que de la pampa: las tierras aluviales de la «Tiefebene» pierden en el Chaco sus cualidades diferenciales, esterilizadas por las grandes masas salinas, petrolíferas y otras, que en grandes avalanchas periódicas han descendido de los Andes a la llanura.

LAS CONTRADICCIONES DE LA SUPERFICIE

Tal, en grandes líneas, el conflicto geológico del Chaco. Sólo él es capaz de explicar cómo y por qué, sobre las márgenes de un mismo río, y a pocas decenas de metros intermedios, se encuentran dos mundos físicos tan diferentes entre sí. Esa contradicción subterránea arroja luz sobre las contradicciones de la superficie. A un río de aguas salobres, casi saladas, sigue otro, inmediatamente después, de aguas dulces. El fenómeno se presenta innumerables veces en pequeños intervalos. Aquí está el Porteño, de aguas saladas, allí el Confuso, de aguas dulces: ambos desembocan en el Paraguay, a pocos kilómetros el uno del otro. Cávese aquí, al acaso, un pozo: el agua es salobre; cávese otro, a diez, a seis metros del primero: ya de la pequeña profundidad brota en abundancia agua limpia y potable.

El Chaco vive durante todo el año en la alternativa de tener agua de más o de menos. «Imposible fué a los expedicionarios cortar el desierto, impidiéndolo primero el exceso de agua y más tarde la absoluta carencia de ella». El relato, fotográficamente chaqueño, es de José Zavala y fué escrito en 1799.

No son las diferencias de temperatura, sino el régimen de las lluvias lo que distingue las estaciones en el Chaco. Al contrario de lo que se podría suponer, el invierno es la estación seca, el verano, la húmeda. Durante los meses invernales, el desierto es un horno ardiente que se retuerce en las torturas de la sed. Las grandes lluvias que caen en el verano, cubren en pocas semanas campos y bosques. Se prolongan esas inundaciones durante meses y meses. Por un lado, la capa arcillosa que envuelve la superficie de la tierra hace extremadamente difícil la absorción de las aguas; por el otro, la falta casi absoluta de declive en los cursos fluviales los represa y los obliga a salirse de madre. Esa falta de declive, unida a las crecientes periódicas, es una de las causas de los «ríos muertos» que se encuentran en diversas regiones. Se forman durante las crecientes, brazos de ríos que no raras veces en el trascurso de los años se trasforman en los lechos principales. Las «zanjas», «esteros» y «lagunas», huellas de esa dislocación de los lechos fluviales, son los ríos y riachos que murieron de estancamiento. Cadáveres líquidos, verdosos por el limo, se pudren al calor del sol. No los abandona la mano de la naturaleza en sus lechos de muerte; los cubre, piadosa, con densa vegetación de salvinias, camalotes, victorias regias y con una infinita variedad de especies acuáticas de formas bizarras y colores vivos. Lujuriosa y salvaje es la pompa fúnebre de los ríos que mueren en el Chaco y se descomponen bajo el fuego de la irradiación solar.

Basta una creciente del Paraguay para neutralizar, si no para invertir, el sistema hidrográfico del Chaco. Las aguas del gran río, en las épocas de crecida, suben por las embocaduras de sus afluentes y éstos, violentamente encajonados en represa, pasan a correr en sentido opuesto al de su curso normal. Bien se ve que toda la potamografía de la región está hecha, así, de una serie de contradicciones: ríos de agua dulce que alternan con ríos de agua salada, ríos que cambian de lecho, ríos que corren de la hoz hacia la naciente, ríos que mueren.

En esa invariable llanura, el «divortium aquarum» es tan imperceptible que casi se podría decir que en la realidad, no existe. Obsérvese, mientras tanto, que su frontera oriental está formada por un gran río que corre en la dirección Norte-Sur: el Paraguay; y que en la occidental, ya en la vecindad de las cordilleras, se encuentra otro río, el Parapití, que corre del Sur para el Norte-Nordeste. El Parapití, afluente del Amazonas, nace en la inmediata proximidad de cursos de agua que son afluentes del Paraguay. Para llevar sus aguas al Amazonas, el Parapití realiza prodigios de tenacidad. En los bañados de Izozog se explaya para descansar y tomar fuerza. Después, sumerge sus aguas en el seno de la tierra y sólo resurge a la superficie mucho más allá, desaparecidos los obstáculos que se oponían a su marcha en dirección al Norte.

TOPOGRAFIA Y BOTANICA

En el primer encuentro, la topografía del Chaco es agradable a la vista: campos extensos y llanos, salpicados de pequeños bosques, en general bastante bajos, que son las «islas». De cuando en cuando, en los cañadones, las lagunas, los «pirizales» o «peguajó». Esos son los oasis del Chaco. En su vecindad levantan los indios sus toldos y los civilizados sus fortines.

Ese paisaje se repite hasta el infinito, sin otras soluciones de continuidad que no sean sus propios elementos componentes. Lo gracioso de la primera aparición se transforma dentro de poco en la más atroz monotonía. A un campo y a un matorral sigue otro campo y otro matorral. El hombre civilizado se desorienta con la mayor facilidad en ese paisaje siempre e invariablemente igual. Son numerosos los casos, no sólo en la historia de las conquistas, sino también en nuestros tiempos, de hombres perdidos en esa igualdad topográfica y que nunca más consiguieron atinar con el rumbo que les condujese al mundo exterior.

Las teorías de los hombres dividen el Chaco en tres zonas botánicas principales, que son el «campo-palmar», el «matorral» y el «monte-espinillar». La zona campo-palmar, constituida por gramíneas ***(glumiflores)*** y palmas ***(copernicia)*** ocupa las márgenes de los ríos, los cañadones, las depresiones de la tierra. La de los matorrales cubre los terrenos más elevados o, más exactamente, los menos bajos. Como la primera, es de formaciones extremadamente irregulares en su extensión geométrica. Se encuentran indistintamente esas dos zonas botánicas en cualquier región del Chaco. La cuestión es saber, si hay o no, en tal lugar, un riacho, un «pirizal», un «totoral». En la afirmativa, hallaremos la palmera que señala el oasis; en la negativa, campos y matorrales, que forman la característica del desierto. La tercera zona, por último, es la que se compone de campos espinillares ***(elionorus latifloris)*** y de bosques más altos y más densos que los matorrales. Pero es el matorral el que da al Chaco la fisonomía de desierto. El doctor Fiebrig, director del Jardín Botánico de Asunción, con quien tuve el placer de revisar mis observaciones, dice con perfecta exactitud que son los matorrales los que corresponden a lo más genuino y específico del clima y suelo chaqueños. En su conjunto, según las anotaciones científicas del doctor Fiebrig, el matorral es una flora altamente «xerophyla», cuyas características expresan las elevadas curvas de la influencia solar y de la fuerza de los vientos sobre vegetales arraigados en un suelo duro y seco. Los árboles son leñosos, enjutos, de poca es-

tatura, de aspecto frecuentemente enmarañado y agresivos con sus espinos duros y puntiagudos. Las hojas son en general pequeñas, jugosas a veces y presentan por lo común cutículas altamente coriáceas y en ocasiones muy rígidas, estrechas y terminadas en punta. Esa es la vegetación inconfundible del Chaco, la vegetación del desierto, hostil a la presencia del hombre, terriblemente monótona en su repetición, desagradable a la vista en sus matices parduzcos y sórdidos. Mientras no la interrumpen los cañadones, las pendientes y los palmares, es esa la mansión de la sed más atroz en los meses interminables de la sequía. Durante leguas y leguas, días y días, es ese el paisaje del Chaco, en la inenarrable desolación de sus canículas silenciosas y de sus noches pobladas de todos los rumores.

LAS FLORESTAS QUE MUEREN

No son solamente los ríos los que mueren en el Chaco: mueren, tambien, las florestas, envenenadas por el subsuelo. Junto a los salitrales, se consumen las leguminosas y las coperníceas. Se encuentran en abundancia, sobre todo en la dirección Norte-Noroeste, esos cementerios de vegetales, que murieron víctimas de la excesiva cantidad de sal que absorbieron sus raíces. Tenemos ahí evidenciada, una vez más, la lucha subterránea entre la pampa y los trópicos de un lado, y las cordilleras de otro.

Esas luchas intestinas hacen del Chaco el más asombroso trasformador de colores y dimensiones. Las especies leñosas de la margen oriental que aparecen ahí están considerablemente disminuidas en extensión y volumen. Pero mientras los árboles se reducen al tamaño medio de los matorrales, los cactos alcanzan en las regiones en que la arcilla cede el paso a las capas arenosas, alturas descomunales, dos, tres veces mayores que las de las florestas circunvecinas. El espectáculo de esos cactos gigantescos, que contrasta con la mediocridad de los matorrales, es literalmente el del rascacielos en una ciudad de techumbres iguales. Hay en toda esa tristeza vegetal una nota pintoresca, a veces risible, que es la de los árboles obesos: los samohús ***(chorisia insignis)***, que echan sobre bases relativamente finas, vientres desmesurados, los cuales les comunican aspectos frecuentemente grotescos. Pero, por sus dimensiones y resistencia, la verdadera paradoja de la flora del Chaco es el quebracho ***(schipnosis balansae)***, auténtico gigante en ese mundo de enanos. Al lado del lapacho ***(tecoma ipe)***, del palo santo ***(bolnesia sarmentii)***, del algarrobo ***(prosopis alba)***, cabe al quebracho lugar de primera fila en la aristocracia forestal del Chaco. No significa solamente la fuerza de los tejidos y la belleza de las líneas, sino la riqueza económica de la región, que vive, toda ella, del quebracho. No existiese ese árbol maravilloso y ni las mismas penetraciones militares se hubiesen llevado a cabo, por cierto, en ese territorio inhospitalario e intratable, cuya única riqueza real y positiva representa en los tiempos actuales.

No solamente se modifican bajo la influencia del desierto la estructura y las dimensiones de las plantas. También las de los animales. Al paso que casi todos los mamíferos disminuyen sensiblemente de volumen, algunos insectos toman proporciones inconcebibles en otro lugar del mundo. El insecto monstruo ***(phasmidae)*** es un espécimen que espanta por el tamaño. Algunos pájaros llevan el instinto de defensa al extremo de confundirse, por el color y por el aspecto, con los viejos troncos de árboles en que se posan. El «urutáu-maimigué» ***(nychtibius griseus)*** representa el más asombroso prodigio de adaptación del reino animal al vegetal. Posado en la extremidad de un brote o en el tronco apodrecido de un árbol, ni siquiera los ojos sagaces del indígena conseguirán divisarlo.

LA NATURALEZA ENFERMA

Los días caniculares del Chaco alternan con madrugadas frías, tanto en el invierno como en el verano. Esas oscilaciones de temperatura son constantes y tienen la ventaja, por lo menos, de la regularidad. Como no hay mediodía sin calor, independientemente de que sea invierno o verano, o de que caiga o no lluvia, tampoco hay madrugada que no sea fría. Se prolonga el calor del mediodía, hasta las cinco, las seis de la tarde. Por la noche, el cuerpo humano está exhausto. Toda la naturaleza parece agobiada de calor y de cansancio. Caen las primeras sombras y enseguida empieza la orquestación nocturna del desierto. En el vientre de las tinieblas se despiertan rumores prehistóricos, profundos e indefinibles, voces elementales que celebran la derrota del sol. Los rumores nocturnos del Chaco no pueden describirse. Quedan en nuestra memoria como los gemidos, las imprecaciones, los gritos de angustia de una naturaleza salvaje que aulla a los cielos la desesperación de su fatalidad.

En esos parajes, la vida humana es el más pesado de los sacrificios. Allí está, sin duda, una antesala del infierno. Después de que los misioneros les enseñaron que el infierno es un horno enorme, nunca más lograron comprender los salvajes del Chaco que haya lugares en el mundo en que el invierno sea frío. Los inviernos que conocen son los del Chaco, y a invierno e infierno los tienen como sinónimos. Les lleva, por cierto, su inteligencia instintiva a una conclusión muy próxima a la verdad simbólica. Si el infierno es la mansión de las torturas y si el invierno son los meses abrasadores y secos en que padecen las aflicciones de la sed, ¿cómo habrían de concordar los indios con que pudiese existir alguna diferencia sensible entre el invierno del Chaco y el infierno de que les hablan, en sus prédicas, los padres misioneros?

En la lucha milenaria entre la planicie y la cordillera, el Chaco es la tierra de la confusión. Vaga sobre ella un espíritu de incertidumbres y de dudas angustiosas. En el Chaco, la contradicción es geológica. ¿Cómo comprender que los hombres pudiesen vivir en paz en la superficie enferma de una tierra que vive milenariamente en el más espantoso conflicto consigo misma?

Mitica

(Cuento)

= *Colaboración.* - Ilustración del autor =



1

Tenía dos compañeros en la vida: uno, Chela; la nietica de pelambre rojiza como las cabelleras de los elotes sazones; el otro, una laja pulida por los años, a la orilla del río, en donde pasaba su vida embrocada restregando la ropa que traía de la "suidá". Chela le daba penas y alegrías que es lo que necesitaba el alma para sentir de cerca la vida. La laja le permitía ganarse el sustento de la nieta y de ella.

2

—¿Onde vamos, Mitica?

—Pus onde bía de ser, niñá, al río a lavar.

La vieja cargó sobre su cabeza el pesado motete de ropa sucia; a su lado iba Chela. El sol quemaba y parecía sumir el paisaje en una pila de aceite hirviendo; chirreaban las chicharras en los matorrales; los terrones del camino se habían convertido en ascuas que laceraban los pies.

3

Tumbada boca abajo se entretenía la chiquilla contemplando el interminable desfilar de las hormigas leonas, llevando a sus espaldas enormes trozos de paja y de semillas que hacían contraste con sus cuerpos, y parecían a ratos sucumbir bajo el peso de tanta carga. Las seguía con la vista hasta verlas desaparecer en un hoyito que les servía de entrada a su casa, al pie de un montículo de tierra reseca, en forma de volcán.

Mitica lavaba y lavaba hasta sentir que las fuerzas le iban haciendo falta; no decía palabra que la denunciara como poseedora de ella. Lavaba y lavaba automatizada por la esclavitud de una vida dedicada a entregar el sudor de su trabajo en beneficio de los pudientes, reservándose para ella y su nieta los ayunos, los fríos y las vigilias.

De momento amenguó el afán de sus preocupaciones físicas; interrumpió el vaivén constante de sus brazos requemados por los tantos años de moverse bajo los rayos ardorosos del sol, y clavó la vista en el fondo del río. Los guijarros relucientes y pulidos por el sobaje constante del agua, parecían absorber toda su atención.

—¿En qué piensa, Mitica?—se atrevió a preguntar la chiquilla.

—En nada, niñá... en que bía destar pensando, si apenitas mialcansa el tiempo paestregar chuicas...

Hubo un pequeño silencio. Mitica seguía con la vista clavada en el fondo del río.

—¿Verdá questa noche viene el niñitodios?

—Asegún creo, sí.

—¿Y me trairá la muñeca que le pedí?

Mitica contrajo los músculos de la frente; sintió que habían agarrado su corazón con las tenazas del herrador de bestias y lo torcían sin piedad.

Chela pedía una muñeca y tenía derecho a que se la trajese el Niño Dios... ¿Pero de dónde iba a sacar los veinte reales que valía? ¡Ah! si esos guijarros que reposan en el fondo del río, fueran de oro! Pero no, no eran más que pedazos de piedra. Y pensó con honda pena que al alcance de los pobres sólo están los guijarros, los deshechos de la vida...

A su memoria vino como en oleada de consuelo el recuerdo de los duendes y de las hadas. Sabía que en otro tiempo, cuando los hombres eran más inocentes e ingenuos, creían en estos seres protectores, y de ellos recibían preciosos favores. Pero ha cambiado todo y de ellos sólo queda el recuerdo como una leyenda. Ella creía. Es la esperanza que resta a los desgraciados a quienes la ceguera del mundo condena a la miseria y al dolor. Y pensaba en lo hondo del alma:

Si las hadas protectoras de los sufridos y consuelo de los tristes, quisieran trocar uno de estos guijarros en un pedacito de oro...

Pero las hadas se mostraban sordas. El río seguía corriendo despreocupado de sus penas y el guijarro no cambiaba de color ni se movía de su sitio. Ella continuaba invocando; sus ojos no se apartaban del fondo del río...

—¿En qué piensa, agüela? Insistió la pelirroja.

—En nada, t'e dicho. No ves que no puedo estame ventiando la boca por miedo al bronquites?

La verdad es que el temor de ella era que Chela penetrara en el fondo de sus pensamientos. Miró al poniente y dijo:

—Sabés que yesora dirnos. Recojeme aquellos chuicas questan encima diaquella mat'e tuete y me los tres. Ya deben ser pasadas las cincuimedia.

4

El sol se hundía lentamente en la lejana alcancía del horizonte; nubes hermosas teñidas de color violeta coronaban las vértebras de la cordillera. Empezaron a cantar los grillos, y los pájaros buscaron el cobijo de la enramada. Por el camino, tantas veces trajinado, se prolongaron las sombras de la vieja y de la nieta, juntas como hermanas siameses, llevando a cuestas el pesado fardo de los pensamientos y de los años que encorvaban las espaldas de la anciana. Chela se agarraba a las faldas de su abuela y caminaban juntas; compañeras inseparables; olvidadas por el bullicio del mundo; consolándose mutuamente sus tristezas; luchando por encontrar la satisfacción de sus largos ayunos en las exiguas fuerzas de la vieja.

5

Se agotaba el cabo de vela que el viento azota y consumía en lágrimas ardientes. La sombra de la vieja encorvada sobre la tabla de aplanchar, parecía bailar una danza fantástica en la pared. Del fogón salía apenas un vaho hediondo a rescoldos que hacía asfixiante el ambiente del cuartucho, cocina y dormitorio al mismo tiempo.

Chela dormía en su camastro arropada con un saco de yute hecho hilachas. Tenía las piernas y los brazos amoratados por el frío. De rato en rato despertaba y decía a la abuela:

—Tengo muncho jielo.

La vieja la miraba... y respondía:

—Tate quieta, hijita, quen cuanto acabe la planchada, miacuesto pa calentate...

Silencios cortos en donde se oían los suspiros de la anciana y el tiritar de la niña.

—¿Aquiora viene el niñitodios?

—Ya yegará, ya yegará—decía la anciana—pero si tencuentra dispierta se va sin dejate nada.

Chela hacía un esfuerzo y trataba de dominar la ansiedad: cerraba los ojitos para que al llegar el Niño Dios no fuese a encontrarla despierta y sin dejar la preciosa muñeca, saliera de la casa a buscar otros niños que estuvieran dormidos.

En la noche se diluía el negro del sueño, del dolor y del hambre. El cabo de vela agonizó en desesperadas convulsiones de luz y de humo; el viento completó su tarea sumiendo el cuartucho en tinieblas. Mitica abandonó la plancha y se dejó caer desfallecida sobre el camastro, agobiada por el duro trabajar. En el reloj de la iglesia aprisionaron las

tenazas del tiempo la media noche. Una bombeta hurgó en la concavidad del firmamento con estrépitos de cañón.

—¿Qué sonó, Mitica?

—Dan primero pa la misa del gallo, —respondió la anciana.

—¿Por qué no siacuesta? Estoy que no puedo dormime de lo fríos que tengo los pieses. Acuéstese antes que venga el niñitodios y la encuentre levantada y se vaya sin dejame la muñequita...

6

Largas horas de la noche en que el alma es prisionera de la angustia, del dolor y de la miseria!, largas horas en que el pensamiento lucha denodadamente para romper las barreras de tanto sufrir...

¿Dónde están las monedas que permitan a la anciana franquearse la salida del almacén, llevando en sus brazos y oprimida contra su corazón, la muñeca que la nieta pidiera al Niñito Dios? En el fondo del viejo cofre no hay un solo centavo... Sus manos encallecidas y agotadas por los años no dan ni lo suficiente para comer... Es tarde...

El frío arrecia; las hojalatas y las tablas mal unidas dejan enormes rendijas por donde el viento entra y sale y acuchilla las carnes enjutas de las compañeras. La anciana tirita; sus ojos buscan en la oscuridad un punto donde fijarse. En el respaldo de la cama cuelga una imagen de la Virgen. Mitica no ve; las tinieblas son espesas, y los años han acortado las facultades de sus ojos; busca a Dios...

¿Dónde está Dios? — se pregunta.— Tenemos hambre y frío, sentimos ganas de llorar; nuestra tristeza es infinita y nos retuerce el alma. ¿Quién sabe, sino El, de nuestras necesidades y de nuestros sufrimientos? Pedimos a los hombres y los hombres nos miran con desconfianza; lloramos nuestros pesares y vemos dibujarse en la cara de quien nos oye, un rictus de malicia y de ironía... A estas horas debe estar naciendo el Redentor.

7

Clareó. La vieja, febril, agitaba sus manos en el vacío y llamaba llena de regocijo:

—Chela... Chela... dispertate que aquí está la muñeca que te trujo el niñodios...

Chela despertó dándole brincos el corazón y buscó la muñeca.

—¿Onde, mitica, ónde está?

—Aquí. ¿No lestas viendo?

Y extendía sus manos como si en ellas aprisionara un objeto.

—Aquí está tu muñeca, hijita, aquí está.

Chela no veía nada... Aquellas manos temblorosas no sujetaban sino lo absurdo de su ilusión.

—¿Onde, Mitica?

—¿Pero no la ves? Me la robé anoche; dentré en una casa muy rica onde estaban cenando y naide me vido; tuiticos estaban privaos. Levanté la ventana muy quiditico, cogí la muñeca y me ví a tirar a la calle; me vine corriendo, corriendo, sin golver a ver patrás de miedo que me siguiera la polecía. Naide me vido... más que Dios... pero él ha de guardame el secreto y ha de perdoname el pecao, porque se la robé a un chiquito rico que no le hace falta.

Sus ojos brillaban como ascuas, estaba trémula y gesticulaba febrilmente. En el vacío, sus manos sostenían la muñeca de una ilusión delirante. La pobre anciana había soñado y en su sueño perdió la razón.

Ric. Jiménez Alpízar

San José, Costa Rica.

Del libro "El Cristal Indígena"

= En prensa. Por la *Editorial America*. Quito, Ecuador. *Envío del autor* =

2.—*Espejo de 30 años: el amor, la belleza*

(Vea el número pasado)

El de "El Nuevo Luciano" es el Espejo de los treinta años. En el doctor indígena estalla la treintena con afán complejo de ascender y comprender. No se da, como el ingenio desparramado en otras evoluciones, al trazo de la geometría galante o a la percuciente o vaga resonancia de los versos que suelen alentar al amador viril en sus aventuras templadas por el calor de la cima. Inclinado sobre la mesa centenaria en la ordenación de sus cuartillas, dispónese a verter sabiduría infusa, como los hombres del siglo XVIII, en paseo de referencias y de lecturas, pero alumbradas con esa su sonrisa de curiosidad y de análisis, no propiamente la del filósofo cínico, pero sí la de quien, doblegado por la esperanza, no vacila en declararse viajero por trechos de sombra, aún cuando todavía resista al soplo del hálito vernal la candileja de la colonia.

¡Los treinta años! La edad de trepar por las fuerzas adormiladas la onda vitanda hacia el ápice del corazón y la edad de disponerse, en el cerebro, como en arquitectura de resistencia, los más graves pensamientos. Mas de la voluntad del sentimiento y de la forma, ya clara y distinta de la idea, reclama ese precoz mediodía un ritmo equilibrado. Unen los valores íntimos de igual manera como en la evolución biológica se cierran las epífisis y se completa y se endurece la figura ósea y, asimismo, correspondiendo a la fortaleza de los tejidos en la vida física, el hombre interior —¡mensura de sensaciones, elaboración continua de los centros nerviosos, plenitud tiroidea, riqueza endócrina!, — muéstrase como defendido e inmune. Por lo mismo ya no es turbador latido el de una llegada nueva, ni las vehemencias se patinan de cruento anhelo, como en la virtud ruborosa de los adolescentes. Se torna de ácido sabor el fruto logrado y en el gobierno de la palabra, ya sin el balbuceo de la primicia, triunfa el dominio. Entonces el afán de la exploración se vuelve más intenso y el certero goce del descubrimiento alcanza las más remotas latitudes.

En el doctor Espejo las expansiones de la hora meridiana no se confían ni a la llamada de las seducciones femeniles ni al libro de amor en el cual deben volcarse el ánimo de la ventura conseguida o la inquietud del empeño que se pierde. No quiso decir nada de la curva de los amores, ni dió tampoco a su contención la válvula de las páginas que, libertándonos de la confidencia, abren nuevo camino al paso rejuvenecido. Revolvíase en él, otra vez, aun cuando no con la justeza de la primera edad, la casi limitación del sabio frustrado para los amores de la tierra, que acaba por resolverlo todo en la lenta y diaria elaboración de su pensamiento. Vestido de puridad llégase al modo exterior de las cosas y en ellas, a poco tiempo, su linterna penetrativa ilumina el análisis, cuando no brota de su genial prejuicio el irónico tactear de la forma imperfecta.

No conocemos al Espejo galante y en sus libros, pesados como misales y de apoyar ahora en el fascitol, no hay ni la memoria nimia de una mujer que hubiese dejado huella en su destino.

Le veríamos, en retrospectiva imagen, girando pensativo por las plazas del Quito "siempre verde", erguido a veces contra el fondo de los grandes paredones de San Francisco, La Merced y Santo Domingo o buscando el aire abierto, para refrescar en su frente la fatiga de la lectura, en caminata a lo largo de la Alameda, entonces amplio potrero cuya nota uniforme rompía el monótono tono de esmeralda opaca con el ojo de la lagunilla, abrevadero o alberca.

Iría retorciendo en las construcciones mentales de su prosa densa y circular motivos epigramáticos o largos períodos de oratoria sobre los descubrimientos científicos de la época, sobre las artes y las letras. Con una sonrisa dudosa correspondería a la venia del criollo y en equidistante contrapeso, su atediado divagar sin pleno amor de complacencias y su esperanza esencial, estrujada de todos los desencantos, elevaríase en ocasiones como con fuerza de ariete, afilándose en otras como aguijón para hincar en la indolencia del tiempo y buscando, en las demás, la gestación del fermento, que ha de romper el vaso para derramarse en burbujas de gracia de madura alegría.

Desprenderíase de una ventanilla inclinada casi como un oído al camino el acorde contagioso de un fandango y pese al reclamo de la gloria efímera pero picante y dicharachera de una noche, pasaría el indio quiteño, orgulloso de su terca soledad, apagando en la entraña el naciente deseo y mordiendo en el labio la vocal de la burla.

Habráse rozado, alguna vez, con el Canónigo de luciente indumentaria el cual marchaba de visita hacia la casa de pro... Y habrále sonreído el negro esclavillo portador del quitasol de su Señoría, enseñando en el rostro de noche cerrada, la llama picaresca de la boca y el blanco igual de las córneas en los ojos vivaces.

Ni llegaría tampoco al saloncillo dispuesto en ingenua elegancia y apretado de virtud, en donde la cristalería del clave, herida por los dedos de una criolla, hallaba los giros de la contradanza para el paso airoso del chapetón y de su novia. Aquel, figura de blanco mate, sudaría una gota de sangre de lapizlázuli. El, de oscuro barro, podría solamente ofrendar, bajo el estoque del rival, el rubí diluído de su sangre... Y aun cuando se hiciese llamar de Apéstegui y Perochena sería delatado en el fulgor zahorí del ojo inquieto y alarmaría con el milagro de su anuncio, dejando temblor desconocido en el alero de la casa señoril...

Y no es que se negara a buscar las cualidades de la belleza. Su misma grande aspiración fué la de volverse, en el tiempo y en la obra, un espíritu bello. Pero el inencontrable contorno del dechado estuvo como alejándole de la fácil hermosura a la que llegan o con la cual se satisfacen los espíritus conformes. Cantaba en su dominio interior, con fuertes voces, un anhelo incontrastable de libertad y, desprendiéndose de los asideros singulares quería consagrarse como holocausto de pluralidad. Así el individualista amor de la belleza no hubiera podido encontrarle en plenitud como la absorción elegíaca de un Musset o para la deliciosa cantilena, en vida y muerte intercambiadas y perpetuas de una dulce Laura que fuera resumen y esencia de las visiones más sublimadas. Entre dos aprecios polarizados de la estética, su devenir autóctono no marcaría la suerte del predestinado para pagarse de una sola y absoluta de las dichas del mundo. Anhelo hiperbólico el uno y descubrimiento, el otro, de lo disforme o desintegrado, del desequilibrio entre el propósito y la realización que se tradujo en la voluntad satírica de sus páginas.

Hubiera querido adornar su terco alcázar haciéndolo jubiloso y magnífico para el advenimiento de la belleza corporizada. Pero de su pudor o de su timidez se levantaba entonces el designio de vencer para los otros, de utilizarse en el concierto, de ofrecerse. Tampoco dejaría de sospechar que las experiencias íntimas resuenan al cabo en ecos difundidos y comunes, cuando se ha podido dar con el acento en el cual se reconozcan a sí mismas las voces que lleguen con igual sentido o con idéntica queja. Mas sin ser suya la fortuna de trazar la historia de un alma, lejano del afinamiento de la lírica, perteneciale la pluma de puntoso acero para el ensayo sistemático o desparramado entre la infinitud de teorías y de hipótesis y llamábale, con terco ademán, la musa rectilínea de la verdad detrás de la cual ensayaba su sonrisa de conocimiento y desdén, el alfa griega del comienzo, tono exagerado de Menandro y de Aristófanes y la omega de las postrimerías, letra muerta, pero siempre removida por el golpe unánime del caduceo.

Una vez escribe brevísimo ensayo acerca de la hermosura en las "Reflexiones sobre el método seguro de preservar al pueblo de las viruelas" propuesto por don Francisco Gil, cirujano del Real Monasterio de San Lorenzo, páginas dedicadas al Marqués de la Sonora. No están allí ni la metafísica de Platón ni la mensura aristotélica, pero ni siquiera la divagación poética y meditadora de nuestro Montalvo, al señalar, en áurea frase la relatividad de la belleza de acuerdo con el gusto de las razas y al detenerse en la fatalidad de la hermosura y en los rasgos de la inmarchitable belleza del alma, describiendo, en acabado capítulo de novela, la tragedia de la belleza criolla en manos del tenaz monasticón, un basto Casanova de vestido talar y labia convincente.

El doctor Espejo desarrolla florida divagación que corresponde a su ingenio médico. La epidemia variolosa destruye la hermosura femenil "ese don precioso emanado de las manos de un Ser perfectísimo", como afirma recordando a los ascéticos y a los filósofos para concluir en la certeza de que las gentes hermosas son en quienes se retratan las perfecciones de Dios". Parécele al doctor Espejo de segura fortuna ese conjunto atrayente de la belleza física, aun cuando la mujer careciese de "las prendas mentales, con noble agrado al trato común". Por tal, señalando el efecto del arado varioloso, prominencias, desigualdades, hoyos, cicatrices, plantea, sin proponerse ciertamente, sin sospecharlo, una definición inmatura de la fealdad. Pero el modo de la observación clínica no excluye uno que otro vuelo contenido de poética frase, como cuando se refiere a la razón del lamento de las mujeres por la pérdida de su belleza "en el fuego de las enfermedades o en la nieve de los años..." De la metáfora primaria y en obedecimiento a la misión que le fué inseparable, explora el campo de la sociedad, considerando que para las adoraciones civiles del amor nupcial es óbice funesto el saqueo de la belleza del cual se ocupa el demonio de las viruelas y como hasta para la vida simplemente espiritual de la clausura monástica, de seguirse la máxima de Santa Teresa, ha de reclamarse de las mujeres la hermosura del rostro. Es cierto que la vanidad del hombre o el afinamiento de sus percepciones volvieron de temática morosidad el aprecio de la belleza femenina, aun cuando en la mayor parte de los casos, el instintivo revelarse del esteta meticuloso diera, por fin, con todas las fuerzas de su estatismo contemplador en la forma de irregulares contornos, pero de armonía graciosa, la cual se le presentara de repente, para ser admitida sin examen.

Apartándose de su dictamen médico, ha vuelto, solo por un momento, el rostro hacia la hermosura, estimándola desde luego en el radio de la existencia social, condoliéndose de las mujeres feas que quieren pagar, ilusas, el tributo de su imperfección, "abandonándose por los caminos más vergonzosos" y sin perder de vista, por estas apuntaciones, al

moralista que había en él, anticipa claras ideas de sabia medicina legal abogando porque se aboliera en el Reino la epidemia variolosa como medio único de salvar las vidas indígenas expuestas a toda clase de contagios por la deficiencia de la alimentación y la insalubridad de las habitaciones.

Frente a la belleza femenina la hermosura máscula se le presenta dotada de otras cualidades y ella es, sobre todo, sanidad y aptitud de vigor, complejidad de facultades, "corpore sano" en resumen para el albergue y desarrollo de aquella mente sana tan amada de los hijos de Lacio. Euritmia de fortaleza como la quisieron los griegos para que se correspondieran y se compenetraran el gimnasta mental y el físico y para que en el estadio brillase el impulso de la rodela bajo el golfo anchuroso de la frente en donde se podían albergar las mejores imágenes y figuraciones del humanismo. Así, no sólo la epidemia variólica, sino cualesquiera fiebre maligna, debilitando en el hombre los núcleos vitales, aminoraba o destruía la hermosura intrínseca de su poder para las actividades masculinas, así en la agricultura como en el comercio, en las maniobras de la marina, en "la agilidad de las manufacturas", en "la fatiga militar" o en los tantos servicios de la República, como escribe Espejo, dando ya por establecida, en su visión del futuro, la organización democrática de la cual intentó Platón desterrar a los poetas, contentándolos con el salvo conducto de la corona florida...

No logra desligarse de su recuerdo de la Historia y al relacionar su concepto de la hermosura varonil con las erupciones tumultuosas de las viruelas, evoca las leyes duras e inflexibles de Licurgo para la sanidad y fortaleza de la raza lacedemónica o el régimen político de los esparciatas frente a la dulce visión de las Escrituras que solía encontrar belleza en la debilidad y alejándose de las medidas cruentas cultivaba el lirio anímico o el cardo de la penitencia, forma vegetal del cilicio si se quiere, de contacto destructor de la forma viril.

El doctor Espejo no se detiene a contemplar la belleza ni como pausa de su destino que había de llevarle a más extensa andanza y al final a un arribo glorioso, aun cuando no llegase en cuerpo y presencia, pero sí en el ardido clamor de sus amigos y apóstoles. Se preocupa de sí, naturalmente sin la premeditación y la propia idolatría de un Narciso, ni con la introspección angustiada y lenta de un Amiel, y más bien con su voluntariosa prisa, con su renovado y diario cavar en la muralla de adoselada tradición—fatiga incásica o muro castellano de la Conquista—para que se filtrase nueva luz, devolviéndose como libertad sobre los rostros de los indios desposeídos.

La belleza literaria de Luciano, la del espíritu curioso e investigador, la del ingenio que supiera darnos el descubrimiento de los otros en resúmenes que se alimentaran, no obstante, de su propio descubrimiento, la belleza de añejísima estirpe de Asclepiades, amor de la salud y de la vida, búsqueda de los filtros aliviadores y de los zumos curativos, rodeada de cierto poder de adivinación, tal como consideraron los griegos a la Medicina, ya estaban en Espejo en regularidad de trabajo y de promesa o en desorden anunciador si hemos de pensar en su constante tendencia demoledora, equilibrada sin embargo por el diario ademán de la diestra que fecundó en las Primicias el amor a la ciudad de Quito.

Pero no quiso dejarnos el libro de amor, floración de la treintena. Huraño y audaz, habría buscado, para los matices del erótico lugar, los tonos de sombra y de color que tanto se prodigaron por los románticos, hasta el punto de que en el paisaje evanescente sólo se destacan con seguridad las figuras del romance. Nos habría dado un libro en el cual la belleza femenina, sin quebrarse, se inclinase ante la hermosura del varón. O quizá, con el documento de una experiencia clínica, su genio decidor hubiese reventado en el tono alto de la tragedia al crear un personaje acabado por dolencia imposible.

Mas ni de su tragedia interior se le ocurrió dejar alguna página semejante a la confidencia de los diarios íntimos, ni la disimulada confesión que hace el poeta, en nombre de los dolores universales para que reponiéndose allí todos los hombres no puedan desdeñar el grito que salió de un solo pecho.

Y es que no estaba llamado para labrar la piedra de la elegía, ni para volatilizar el galante reclamo en la breve cadencia del madrigal, ni para escribir, en dístico apretado, el epitafio del amigo entrañable. Preparaba, con grande fe, en antecedente trabajo verbal el ímpetu de la epopeya americana y como en alquimia certera elaboraba la pólvora para los días de Bolívar.

De su melancolía y de su euforia, de su severidad y de su júbilo, nos dejó algunos libros que se clarean con la intención acre de la burla o con la piedad superior de la sonrisa.

Severo por la responsabilidad de la cual se sentía grávido, en ciertas horas se desprende de su forma habitual algo que se parece a la explosión de una risa. Pero su alegría no es falsa, ni le viene, tampoco, del indígena fervor que como en nuevo festín fáustico, da su salud de unos días a cambio de la dicha nerviosa de un instante.

Dolíase el doctor, en sus reflexiones acerca de la higiene de Quito, del goce nepéntico expendido en las chicherías de esta ciudad en aquel licor que llevaba dos hierbas narcóticas llamadas huantug y chamico que tenían "la virtud de enloquecer y turbar la cabeza" y el cual, así como el zumo de Nephente entre los griegos excitaba el ánimo alacre, quizá el discurrir desordenado y entusiasta del ditirambo, acaso, al término, el horizontal abandono del somnífero.

No cedería al reclamo de una "capuchina del demonio", recibiendo de sus manos gordezuelas y de su sonrisa invitadora el **mate** de chicha de maíz en la cual estuviese hirviendo la infusión de **chamico,** hierbecilla oriental a la que atribuían la virtud de un bebedizo hechicero para que la voluntad de los hombres quedase doblegada por el cariño, unida como por magnético filtro a la de la simpática oferente.

Alejaríase rumiando su inseparable filosofía, desentrañando el alcance de los derechos del hombre, golpeando, como en música de dáctilos, en los períodos de su prosa oratoria, trazando tal vez una homilia para su hermano el cura Juan Pablo.

No se le conocerían amores o no querría dejar memoria de ellos en sus libros. Mas, la verdad es que no llegó al matrimonio ni a la edad en la que su hermana doña Manuela logró impresionar a su joven amigo y en cierto modo discípulo, el doctor José Mejía, apoyándose en sus veinte años floridos e ilusionados con la lúcida templanza de su cuarentena: amor que se dijera de madureces maternales...

Ni menos se daría a una nueva seducción como su cuñado el orador quiteño que venció con su continente atractivo y el fino entusiasmo de su palabra a la gaditana Gertrudis Salanova y Benito, rubricando así su destino en la playa de Cádiz y dejando de ser, después de su decisiva prédica por las libertades y del coloquio que se tejería con esa vehemencia de los viajeros que debe agravarse frente a la línea del mar, reflejadora nítida del día que se acaba.

Augusto Arias

INDICE



Libros que pueden convenir a los maestros.

Blaise Cendrars: *Antologia negra*........ ₡ 5.50
N. Ognev: *El diario de Costia Riabtsev* . 3.50
Th. Birt: *La cultura romana*............ 3.00
Nevierof: *La ciudad de la abundancia* (Historia de un niño ruso). Novela...... 3.25
Julio Vicuña Cifuentes: *Estudios de métrica española*...................... 4.50
Antonio Médiz Bolio: *El libro de Chilam-Balam de Chumayel*................ 5.00
M. Pokrovski: *La revolución rusa.* Historia de sus causas económicas......... 5.00
José M. de Otaola: *Sexo y matrimonio*.. 3.00
Oscar Hertwig: *Génesis de los organismos.* Pasta. 2 tomos.............. 23.00
Joaquín Xiran: *Antología de Fichte*..... 2.00
Eduardo Spranger: *Fundamentos científicos de la Teoría de la constitución y de la Política escolares*........... 2.00
Juan B. Lagarde S.: *El huerto escolar.* Pasta.......................... 4.00
A y J. Schmieder: *Didáctica general*... 4.50
Pierre Bovet: *La paz por la escuela*.... 3.50
Henry C. Morrison: *La práctica del método en la enseñanza secundaria*.... 3.50
Rosario Fuentes: *Herder y su ideal de Humanidad*,...................... 3.25
J. Guibert: *La primavera de la vida*.... 2.00
Richard Wickert: *Historia de la Pedagogía*........................ 7.00
R. H. Tawney: *La Segunda Enseñanza para todos*.......................... 2.25

Solicítelos al Admr. del *Rep. Am.*

Cuatro capítulos de un libro útil y justo

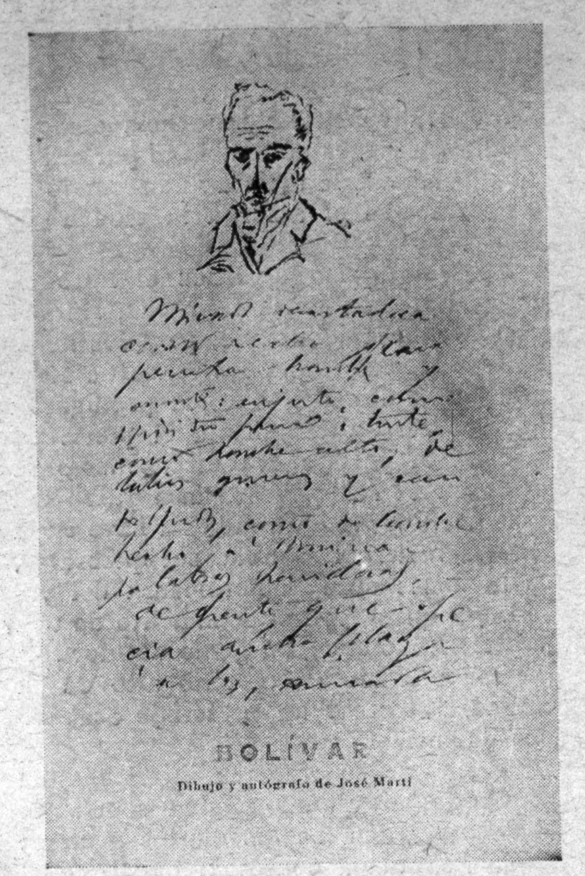
= Capítulos VIII a XI de *Bolívar y Martí*, por *EMETERIO S. SANTOVENIA*, de la Academia de la Historia de Cuba. La Habana. 1934. =

1.—*AMERICANIDAD*

Apenas internados en el trabajo de pesar y medir los más complejos problemas de América, con ánimo de acudir a su solución, Bolívar y Martí evidenciaron el amplísimo concepto que elaboraban acerca de materia tan fundamental. Luchando por la emancipación de Venezuela, ya Bolívar anunció que, después de la victoria, las armas libertadoras extenderían sus miras sobre toda América. Las ideas americanistas de Martí comenzaron a manifestarse en el curso de su primera estancia en Méjico. En uno y en otro, por arraigada convicción, se hermanaron un sentido neto de americanidad y un amor acendrado a las tierras donde habían nacido.

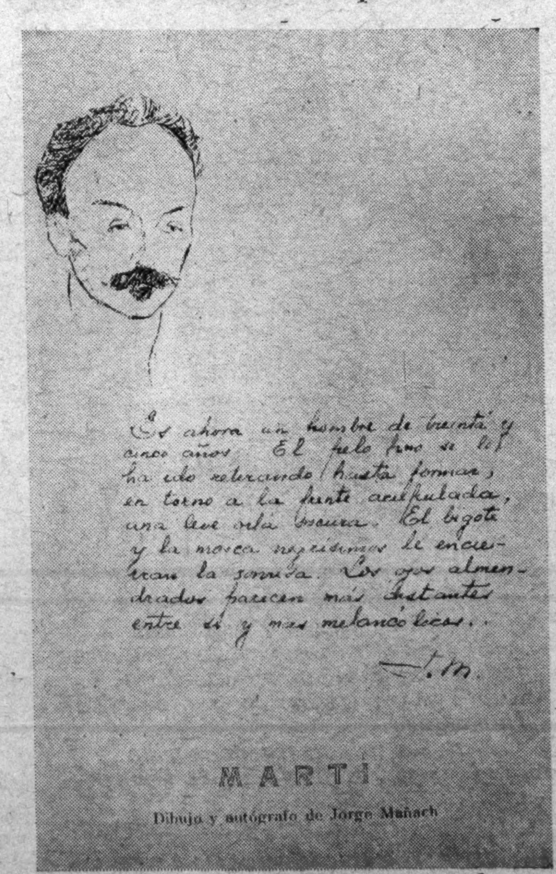
Grado a grado fué creciendo en Bolívar el principio de la unidad de la América hispana. Este principio tomó en él diversas modalidades: uniformidad en los esfuerzos materiales hacia la emancipación, inteligencias políticas, alianzas defensivas contra potencias europeas y compenetración en puntos singulares de la vida del Nuevo Mundo. En el medio globo que contemplaba en el conjunto de países que España había regido en el hemisferio occidental, era necesario, a su entender, buscar fórmulas de sólida convivencia. Los ejércitos libertadores precipitaban la extinción del coloniaje. A los hombres salidos de la cruenta brega correspondía consolidar las instituciones de los nuevos estados y acelerar entre ellos próvidos entendimientos. Como brazo y cerebro que era del vasto movimiento transmutatorio, su posición resultó conspicua.

Antes de su destierro en las Antillas, a través del mismo y después de él, con criterio sostenido, Bolívar fomentó la americanidad. Méjico, Venezuela, Nueva Granada, Quito, el Perú, Chile y Buenos Aires presentaban heroicos espectáculos de triunfos e infortunios. "Por todas partes corre en el Nuevo Mundo la sangre de sus hijos; mas es ya por la libertad, ¡único objeto digno del sacrificio de la vida de los hombres!" A los granadinos, en horas venturosas, advirtió que el día de América había llegado. Del Congreso de Colombia demandó autorización para unir por los vínculos de la beneficencia a pueblos que la Naturaleza y el Cielo daban por hermanos. "Colombia hará su deber en el Perú: llevará sus soldados hasta el Potosí y estos brazos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuído a destruír a los últimos tiranos del Nuevo Mundo". A cuestas andaba con el deber, que a sí propio se impuso, de no reposar sino cuando América hubiese arrojado a los mares a todos sus opresores. Su derecha estaba en las bocas del Orinoco y su izquierda se alargaba hasta las márgenes del Río de la Plata. Con énfasis igual habló a los sudamericanos del Alto Perú y Buenos Aires y a los de Venezuela y Nueva Granada.



BOLÍVAR
Dibujo y autógrafo de José Martí

Quiso Bolívar que la América libre se uniese frente a la Europa absolutista. Una fuerte cohesión entre las nuevas naciones aseguraría su independencia, reforzada por el orden y la estabilidad. "Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad". De su repertorio de estadista eran estos lineamientos: "Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte, el pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el Cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas". De tal modo adelantó sus prístinas concepciones. ¿Podría América aspirar a gloria más elevada que la de ser madre de repúblicas verdaderas?



MARTÍ
Dibujo y autógrafo de Jorge Mañach

Llevada a la esfera de lo real, la americanidad de Bolívar tropezó con derivaciones negativas, como en el caso del Congreso de Panamá. Siguió él acariciando el bello sueño de que el istmo de Panamá fuese para los americanos lo que el de Corinto había sido para los griegos, y su iniciativa y sus instancias tendieron a reunir allí plenipotenciarios de las repúblicas recién creadas en el Nuevo Mundo. Pero recelos e incomprensiones abortaron la plenitud de la magna idea, acogida y alimentada sólo por parte de los pueblos hispanoamericanos. El propio Bolívar, enfrontando contrapuestos intereses, a los que no podía ser ajeno, privó su vasto plan internacional—reducido, al cabo, a mero ensayo sin trascendencia—de la amplitud primigenia (1).

La aspiración medular de Bolívar respecto de América tuvo más extensas raíces que las descubiertas con motivo de la reunión de plenipotenciarios en Panamá. Comprendió y confesó que una liga federal de las naciones hispanoamericanas sólo sería nominal, como nulo en realidad venía a ser un pacto con un mundo entero. Buscó y propició algo de mayor monta, bien que de naturaleza incorpórea: la unión moral de los pueblos de cuya independencia era el máximo propulsor. "La unidad lo hace todo, y por lo mismo, debemos conservar este precioso principio". En estas palabras comprendió sus lucubraciones de muchos años. Desde el principio hasta el fin, en tonos muy diversos, él abonó el árbol de la americanidad.

La actividad mental de Martí avanzó por senda paralela a la que había seguido Bolívar en la creación de la americanidad. "Martí no puso su pensamiento ya maduro en la independencia de Cuba como en un fin único y en sí. Más que cubano, era el genuino hijo de la América hispana, libre por su propio

(*Pasa a la página 219*)

(1) En mi libro *Bolívar y las Antillas hispanas*, en prensa, en España, están expuestas y sopesadas las contradicciones que florecieron en derredor del Congreso de Panamá.

Estampas

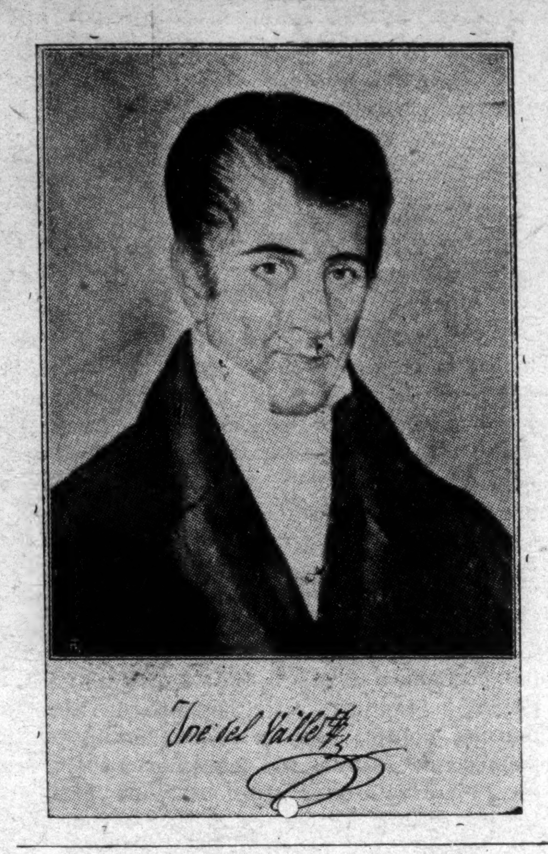
Las Américas son dos, sin confusión alguna: la nuestra, hispana, que quiere ser libre y unida; y la otra, sajona e imperialista

= Colaboración. =

Soñaban los hombres de nuestra América en los albores de la independencia. El coloniaje había sido horrible y al darse cuenta de su desaparición proyectaban en un porvenir inmediato las idealidades fruto del estudio y de la aspiración. Estos pueblos nacían a una vida decorosa, con sus instituciones para darles fisonomía grande. El sistema colonial ahogaba todo lo que intentara diferir de las normas de vasallaje impuestas para uniformar poblaciones. El contraste producido entre una civilización imperialista y unos países dominados por ella avivó la meditación de unos hombres previsores. Soñaron entonces, porque plantear el problema de una América libre de todo otro vasallaje imperialista era hace un siglo nada más que ensoñación. Sin embargo, dejaron trazado el camino y conviene a nuestra América abrirlo y fortificarse en él para la defensa contra el imperialismo posterior al coloniaje.

Ese imperialismo, para el cual trazaron barreras nuestros soñadores, se ha impuesto obligaciones y desde el centro de donde irradia su dominio, nos manda cada año la ceremonia que nos recuerde que somos pueblos con idénticos designios. Su agencia eficaz, la Unión Panamericana, administra el negocio y distribuye los hilos de la trama imperialista. Desmayemos en otros afanes, demos tregua en otras luchas, pero en este afán y en esta lucha por librarnos de la conquista yanqui debemos ser invencibles. Si la agencia dispone de medios innumerables para hacer ruido y atolondrar a gente de por acá, seamos sus denunciadores y acusémosla de estar en la tarea infame en que está. Si organiza una conferencia numerada, censuremos sus fines. Si inventa el "Pan-American Day" y lo transforma luego en "Día de las Américas", digamos a estos pueblos que todo eso es ritual de conquista imperialista. No pueden tener estas naciones designios comunes con la nación norteamericana. ¡Cómo es de ridículo el empeño por colocarnos en un mismo plano de desarrollo conservando nosotros acción libre! La Unión Panamericana supone que es lo mismo tratar con gobiernos que son sumisos a cuanto gesto de mando salga de su seno, que aleccionar a pueblos que luchan contra el imperialismo a que ella sirve. Para combatirla volvamos a nuestros soñadores y veamos qué idearon en su aspiración de libertad para que nos defendiéramos de la absorción de los imperialismos.

Allí sigue don José Cecilio del Valle metiéndonos en la batalla en bien de nuestra América con una visión clarísima y una honradez que grita su maldición contra tanto fariseo y traficante doblegado al conquistador. Soñó Valle en los albores de la independencia. Una América inmensa con posibilidades inagotables era el panorama que su meditación abarcaba. En ella, libertad; en ella, instituciones para que creciera esa libertad. El sistema colonial la dejaba dividida, aislados sus territorios y el visionario pidió acercamiento, vinculaciones, como único medio de salvarse de la debilidad que trae el desconocimiento. Así, conociéndose, poniéndose al habla, trazando sus vías de comunicación, luchando juntas contra la barbarie, fué como Valle las situó en un futuro inmediato. Cosa muy diferente a lo que el imperialismo trata de imponer por medio de la Unión Panamericana. Esta agencia habla de acercamiento, de unidad de problemas y de luchas. Pero eso en el fondo es nada más que ejecución de planes imperialistas. Se entiende con gobiernos, con lo cual ya dice que persigue una sumisión que necesita para eliminar obstáculos. Y Valle nos dijo que en nuestras manos está el crear la relación fecunda, la que nos dará fuerza para la defensa contra las acechanzas de afuera. Y de afuera era el imperialismo, de afuera es hoy también el imperialismo que tiene a nuestra América dividida, cercada y en vasallaje. La Unión Panamericana hace el escarnio de mandarnos desde Washington el discurso y la música panamericanizantes. Pero no fué panamericanización lo que nuestros soñadores concibieron. No fué tampoco un centro de unificación nacido en Washington lo que ellos veían en sus meditaciones. El panorama era grande, pero nunca se extendió hasta Washington, porque de allá no nos venía ni nos vendrá nunca el estímulo que necesitamos para crecer en libertad. Organizar una agencia yanqui para dar el ritmo de crecimiento a pueblos americanos es la burla más soez que puede caer sobre un Continente con enormes posibilidades. Valle hablaba de "identidad de sentimientos" cuando aconsejaba a la América nuestra que se conociera, que se estrechara. Pero sólo hablándoles a pueblos con unos mismos designios es posible imaginar esa identidad. No siente el yanqui imperialista, el que exalta a la Unión Panamericana como agencia eficaz de conquista, como sentimos los que condenamos la rapacidad del imperialismo. Para ellos, poblaciones que consumen y territorios que dan materias primas que la industria yanqui necesita. Para nosotros, pueblos que deben educarse y desbarbarizarse, suelos con riquezas naturales que esos pueblos necesitan para su defensa. No hay identidad de sentimientos y tratar de pregonarlo en la forma



ANTOLOGIA DE VALLE

Soñaba el Abad de San Pedro; y yo también sé soñar

= Esta página de Valle la reprodujimos ya en la edición del 14 de agosto de 1928. Pero es página memorable y es obligatorio releerla y reconsiderarla. La sacamos ahora del tomo II de las *Obras* de José Cecilio del Valle. Guatemala, C. A. 1930 =

La América estaba dividida en dos zonas contrarias entre sí, obscura la una como la esclavitud, luminosa la otra como la libertad.

Nueva España, Guatemala, San Salvador, Comayagua, León y Panamá formaban una extensión inmensa de territorio sometido al gobierno español. El nuevo reino de Granada, Santa Fe, Caracas, Buenos Aires y Chile formaban un espacio dilatado de tierra libre e independiente.

Si en el antiguo mundo los países septentrionales eran el suelo de la libertad, en el nuevo los australes fueron la tierra venturosa donde brotó primero (1).

El Sur se cubría de sangre por defender sus derechos; y el Norte mandaba millones al gobierno que intentaba sofocar aquellos derechos.

No hubo simultaneidad en la causa justísima de nuestra independencia; y esta falta grave aumentó las fuerzas de España: entorpeció la marcha de América; y fué origen de males que llora el amigo de los hombres.

La unidad de tiempo es en los grandes planes la que multiplica la fuerza y asegura el suceso: la que hace que dos, tengan más poder que un millón. Cien mil fuerzas obrando en períodos distintos, sólo obran como uno. Diez fuerzas obrando simultáneamente, obran como diez.

(*Pasa a la página siguiente*)

(1) No hablo de toda la América. Hablo de la que se llama América Española.

calculada en que lo viene haciendo la Unión Panamericana es fariseísmo.

Si alguna voz deben oír nuestros pueblos no es por cierto la que sale de la Unión Panamericana cada catorce de abril por decreto del Departamento de Estado. El marasmo que la organización imperialista difunde es necesario combatirlo con voces de nuestros soñadores. Opongamos a la de este catorce de "Pan American Day", o "Día de las Américas" en la nueva denominación imperializante, las afirmaciones claras de Valle. Soñó para darnos el fruto de su estudio y de sus aspiraciones americanistas, que no panamericanistas. Nos dijo que un congreso debía formarse, no para combatir "los intereses de los funcionarios", sino "los derechos de los pueblos". Y lo que hasta el momento han visto nuestros pueblos es la reunión internacional para acomodar intereses de gobiernos. Es táctica imperialista. Y la aplican sabiendo que cuanto menos se consulte a las poblaciones, cuanto menos se las entere de sus problemas y de sus intereses comunes o individuales, más eficaz es la penetración que el imperialismo lleva a cabo. El tipo perfecto del congreso donde sólo los funcionarios tienen participación lo da la Unión Panamericana. En ella y con ella no tienen los intereses de los pueblos trato superior.

Y es que allí no hay más plan que el que inspire y dicte el Departamento de Estado imperialista. Valle nos dijo que el congreso que estos pueblos necesitaban promover era aquel en que plantearan definitivamente la resolución de este inmenso problema de nuestra América: **"Trazar el plan más útil para que ninguna provincia** (nación diríamos hoy) **de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas.** ¿Podría el imperialismo yanqui por medio de su agencia, la Unión Panamericana, plantearse ese asunto, decirle a los funcionarios que convoca bajo la Presidencia del Secretario de Estado, que lo plantearan para darle solución inmediata? No. Porque cada una de estas naciones es presa de invasores externos que no son otra cosa que banqueros, industriales, políticos y aventureros yanquis al servicio del imperialismo de su nación. Valle afirmó un principio de defensa enorme. Previó los peligros de una avalancha de conquista que no era otra que la yanqui. Después de él han llenado de empréstitos a estas naciones, robándoselos el banquero con la complicidad de los politicastros de allá y de aquí. Han acaparado tierras y vías de comunicación. Han establecido bases navales y militares. Han hecho mucho que Valle trató de contener invitando a la América a entenderse, a estrecharse. Por eso pidió también que en ese congreso de pueblos americanos se trazara el plan para que nuestras riquezas naturales no se nos fueran de las manos sacadas por el invasor externo. Comprendió que pueblos sin la propiedad de sus recursos naturales son pueblos vasallos. Del vasallaje, de la dependencia, quiso salvarnos. Pero el congreso que aconsejó no ha llegado nunca a celebrarse y somos presa del imperialismo yanqui. Día con día son mayores las entregas que hacemos de nuestras posibilidades de redención. El imperialismo sabe cómo vencernos y va venciéndonos. Allí en donde no puede imponerse su penetración sin estridencias, desembarca el soldado de ocupación y domina a sangre y fuego. Es una América sitiada, sin defensa, porque el imperialismo ha metido en el redil de la Unión Panamericana a todos los gobiernos y allí impone sus conquistas. Valle debe hacerse resonar en esta época de fariseísmo. Es necesario responder a los discursos y a la música panamericanizantes con la voz clara de un claro varón de nuestra América: "Hijos, defended a la América".

Juan del Camino

Costa Rica, 14 de abril de 1934.

Soñaba el Abad de San Pedro; y yo...

(Viene de la página anterior)

No marchó la América con el plan que exigía la magnitud de su causa. Lo que hace derramar más lágrimas: lo que penetra más la sensibilidad: lo que más horroriza a la naturaleza, es lo que se vió en los países más hermoseados por ella. Sangre y revoluciones son los sucesos que refiere la historia; muerte y horrores son los hechos de sus anales.

La pluma se resiste a escribirlos: la memoria se niega a recordarlos... Volvamos los ojos a lo futuro. Ya está proclamada la independencia en casi toda la América: ya llegamos a esa altura importante de nuestra marcha política: ya es acorde en el punto primero la voluntad de los americanos. Pero esta identidad de sentimientos, no produciría los efectos de que es capaz, si continuaran aisladas las provincias de América, sin acercar sus relaciones, y apretar los vínculos que deben unirlas.

Separadas unas de otras; siendo colocadas en un mismo hemisferio, el mediodía no existe para el Norte, y el centro parece extranjero para el Sur y el septentrión (2). El reposo de las unas no es un bien para las otras: las luces de aquéllas no son una felicidad para éstas. Chile ignora el estado de Nueva España, y Guatemala no sabe la posición de Colombia.

La América se dilata por todas las zonas, pero forma un solo Continente. Los americanos están diseminados por todos los climas, pero deben formar una familia.

Si la Europa sabe juntarse en congresos cuando la llaman a la unión cuestiones de alta importancia, la América, ¿no sabrá unirse en cortes cuando la necesidad de ser, o el interés de existencia más grande la obliga a congregarse?

Oíd, americanos, mis deseos. Los inspira el amor a la América, que es vuestra cara patria y mi digna cuna.

Yo quisiera:

1°—Que en la provincia de Costa Rica o de León, se formase un Congreso General, más expectable que el de Viena, más importante que las dietas donde se combinan los intereses de los funcionarios y no los derechos de los pueblos:

2°—Que cada provincia de una y otra América mandase para formarlo, sus Diputados o representantes con plenos poderes para los asuntos grandes que deben ser el objeto de su reunión:

3°—Que los Diputados llevasen el estado político, económico, fiscal y militar de sus provincias respectivas, para formar con la suma de todos el general de toda la América:

4°—Que unidos los Diputados y reconocidos sus poderes, se ocupasen en la resolución de este problema: **Trazar el plan más útil para que ninguna provincia de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas:**

5°—Que resuelto este primer problema, trabajasen en la resolución del segundo: **Formar el plan más eficaz para elevar las provincias de América al grado de riqueza y poder a que pueden subir:**

6°—Que fijándose en estos objetos, formasen: 1° La Federación grande que debe unir a todos los estados de América: 2° El plan económico que debe enriquecerlos:

7°—Que para llenar lo primero se celebrase el pacto solemne de socorrerse unos a otros todos los Estados, en las invasiones exteriores y divisiones intestinas: que se designase el contingente de hombres y dinero con que debiesen contribuir cada uno al socorro del que fuese atacado o dividido; y que para alejar toda sospecha de opresión en el caso de guerra intestina, la fuerza que mandasen los demás Estados para sofocarla, se limitase únicamente a hacer que las diferencias se decidiesen pacíficamente por las Cortes respectivas de las provincias divididas, y obligarlas a respetar la decisión de las Cortes:

8°—Que para lograr lo segundo se tomasen las medidas, y se formase el tratado general de comercio de todos los Estados de América, distinguiendo siempre con protección más liberal el giro recíproco de unos con otros, y procurando la creación y fomento de la marina que necesita una parte del Globo separada por mares de las otras.

Congregados para tratar estos asuntos los representantes de todas las potencias de América; ¡qué espectáculo tan grande presentarían en un Congreso no visto jamás en los siglos, no formado nunca en el antiguo mundo, ni soñado antes en el nuevo!

No es posible numerar los bienes que produciría. La imaginación más potente se pierde de desenvolviendo unas de otras sucesivamente todas las consecuencias que se pueden deducir.

Se crearía un Poder que uniendo las fuerzas de 14 ó 15 millones de individuos, haría a la América superior a toda agresión: daría a los Estados débiles la potencia de los fuertes; y prevendría las divisiones intestinas de los pueblos, sabiendo éstos que existía una federación calculada para sofocarlas.

Se formaría un foco de luz que iluminando la causa general de la América, enseñaría a sostenerla con todos los conocimientos que exigen sus grandes intereses.

Se derramarían desde un centro a todas las extremidades del Continente, las luces necesarias para que cada provincia conociese su posición comparada con las demás, sus recursos e intereses, sus fuerzas y riquezas.

Se unirían sabios que teniendo a la vista el mapa económico y político de cada provincia, podrían meditar planes y discurrir

(2) Hablo del Istmo de Panamá del cual no sabemos si ha pronunciado su independencia.

(Pasa a la página 223)

Cuatro capítulos de un libro bueno...

(Viene de la página 216)

designio y esfuerzo, la América que veía marchando a la conquista de un progreso seguro y de un respeto creciente" (1). Construyó un ideario de dignidad americana. Abarcó, en previsiones y anticipaciones felices, los problemas de la América de sus días y de la América por venir, no menos en la fase económica y la social que en la política. Hombres y cosas de América le sirvieron a maravilla para expandir su pensamiento y su esperanza.

Ya veía Martí a América, saneada en lo positivo de sus guerras y lo vano de sus imitaciones, conociendo sus elementos vivos, más nuevos por la mezcla forzosa de la condición varia de sus moradores que por peculiaridades inamovibles de hábito o de razas. "De traidores—subrayó — está América cansada, que sólo le hablen de su muerte fatal y de su ineptitud; y está dando creadores". Creador era quien, desde la proscripción en que evacuaba los trámites prelimiares del empeño decisivo por la independencia de su ínsula, aquilató lo que de sembrador hubo en Bolívar, el héroe que, en la hermandad de la aspiración común, juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes, anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo, revolvió montes y fué regando de repúblicas la alteza de los Andes. Libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza, ni de secta, conceptuó Martí aquella por la cual América luchó en su hora de flor. En las tierras de América no reconocía limites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

¿Cuáles eran los puntos singulares de la americanidad por Martí propugnada? De su pluma salieron estas cláusulas: "Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto. Si no, crecerán odios; se estará sin defensa apropiada para los colosales peligros, y se vivirá en perpetua e infame batalla entre hermanos por apetito de tierras". En la unión de los pueblos apreciaba la afirmación de la América de Bolívar. Frente a los riesgos temidos colocaba la fuerza de ideas fecundas.

Americanidad fué para Bolívar y Martí expresión cabal de encumbradas premeditaciones. Con ideas y empeños abrieron y ampliaron horizontes a los países del Nuevo Mundo a que permanecieron más apegados por sus orígenes e inclinaciones. Ajustaron valores presentes y columbraron valores futuros. Prestancia singular evidenciaron al repujar doctrinas que habían de pervivirles.

2.—LAS DOS AMERICAS

Junto al núcleo de ideas a que Bolívar y Martí dieron forma e impulso para incrementar la americanidad, una de sus aspiraciones esenciales, surgió el problema de la convivencia de las dos Américas. Hijos de la hispana, la otra era, para ellos, la anglosajona. No predicaron un divorcio absoluto entre ambas grandes porciones del Nuevo Mundo. Pero tampoco se afanaron en abonar un consorcio que no juzgaban salvador para los intereses colectivos de que fueron servidores muy principales.

No pudo Norte América ser factor despreciable por los hispanoamericanos en los duros años en que guerreaban por su emancipación. Bolívar consideró la importancia de que existiese en el Nuevo Mundo una potestad de tanta fuerza como los Estados Unidos de América. A la cabeza de América estaba una nación rica, belicosa, capaz de todo, enemiga de Europa y en oposición con los ingleses, que pretenderían dar la ley y que la darían irremisiblemente. Al producirse así, Bolívar se planteó una de las cuestiones capitales en las relaciones internacionales que había de encauzar. No siempre observó antinomia entre Norteamérica e Inglaterra respecto de las naciones hispanoamericanas. Aunque egoístas, ambas potencias podían ser auxiliares eficaces de su América ante el peligro reconquistador que entrañaba la Santa Alianza. ¿No era prudente que los pueblos escapados de la dominación de España se apoyasen en Norteamérica para contrarrestar las agresiones europeas?

Bolívar no ocultó su afección a la Gran Bretaña. Júbilos intensos le transmitieron las esperanzas y realidades de la benévola disposición de Londres hacia los nuevos estados de América. Las ventajas comerciales para los ingleses valdrían mucho menos que las innegables y efectivas que así advendrían para el universo hispanoamericano. Por medios distintos procuró aproximar a Inglaterra los pueblos de que era mentor. Todo lo que pudiese comprometer tamaña finalidad le inquietaba. Puesto que tenía la federación con Norteamérica por perturbadora de la amistad con la Gran Bretaña, se alegró sinceramente de que en la liga de naciones del hemisferio occidental no entrase la república de Washington.

Otra preocupación rondó los planes constructivos de Bolívar con referencia a Norteamérica. No le pareció sana orientación la de querer injertar en los pueblos hispanoamericanos instituciones ideadas para el angloamericanismo: "Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo". Raíces morales y reglas de conducta disímiles requerían leyes y condiciones de vida diversas. Si la América hispana se había encontrado a sí misma, según dictamen suyo estampado en la **Carta de Jamaica,** estaba en el caso de darse, por inspiración y madurez propias, sus regímenes políticos.

Muy cerca de la de Bolívar marchó la opinión de Martí sobre el extemporáneo trasplante de instituciones angloamericanas a los países de estructura hispánica del Nuevo Mundo. Pueblos que pasaban por menores lo eran sólo en territorio o habitantes, no en propósitos y juicio, e iban salvándose a timón seguro de la mala colonia extinguida y de la dependencia y servidumbre a que los había empezado a llevar, por equivocado amor a formas ajenas y superficiales de república, un concepto falso y criminal de americanismo. "Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo—que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya—, ni permitir que con la cubierta del ne-

---

(1) *Homenaje a José Martí en el 38 aniversario de su muerte,* por Félix Lizaso: *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica, 20 de mayo de 1933.

gocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente. En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo". Lumbre de estadista, esas palabras de Martí fulguraron sobre las entrañas de su América, la América de Bolívar. Ni ciega sumisión a extraños imperativos ni morbosa hostilidad debían ser armas y remedios empleados en su defensa por las naciones hispanoamericanas.

Martí enrostró a livianos opinadores el pecado de colocar sistemáticamente a los pueblos hispanoamericanos por debajo del angloamericano. Entre aquéllos los había, en relación a su área útil y a sus habitantes, con capacidad productiva, en lo material e inmaterial, tan sobresaliente como la de Norteamérica. En armonía estricta con sus diversos antecedentes, los países hispanoamericanos ascendían a la libertad segura y generosa en la misma proporción en que el angloamericano descendía de ella. "De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes tan precisas como esta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos". Esta ley, una de las fuentes del ideario de Martí acerca de las dos Américas, ¡cómo le hizo reflexionar en el curso de su acción y su pensamiento!

Muchos peligros veía Martí alzarse sobre las repúblicas hispanoamericanas. En algunas dormía el pulpo. Otras se afanaban en recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, se entregaban al lujo venenoso, enemigo de la libertad, corruptor del hombre ligero y franqueador de la puerta al extranjero codicioso. Otras acendraban, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras criaban, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que podía devorarlas. "Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe". Si por ignorancia llegaba una América a poner en la otra la garra, por respeto la levantaría apenas conociese sus virtudes. ¿No había de tenerse fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él? ¿No era saludable dar ocasión a lo mejor para que se revelase y triunfara de lo peor? No decir a tiempo la verdad montaba tanto como azuzar a odios inútiles.

Odios inútiles eran aquellos que pretendían tener origen racial. "No hay odio de razas, porque no hay razas". Por encima de insanos prejuicios se colocaba Martí al discurrir así. Contra la humanidad atentaba, según él, quien propagase la oposición y la enemiga de las razas. "Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del Continente, porque no habla nuestro idioma; ni ve la casa como nosotros la vemos; ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños; ni mira caritativo, desde su eminencia aun mal segura, a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental". La América trabajadora se erguía frente a tendencias negativas. Naciones románticas e islas doloras fecundaban la semilla de la América nueva.

En el seno de la propia América por ellos exaltada, sin desdén para la otra América, pero vigilantes y previsores, Bolívar y Martí ambicionaron fijar los justos límites de lo creador. A un lado se ponían los que, sin fuerzas para cumplir con deberes altos, preferían renegar de las glorias propias, "como si con esto se librasen del mote de menguados y egoístas". A otro lado se situaban los que, sin rencillas imbéciles ni excesos lamentables, se estrechaban y enarbolaban la bandera nueva. Frente a los que cantaban la forma de lo americano inmarcesible, pero adjuraban y maldecían de su esencia, se alzaban los que, teniendo tamaño de fundadores de pueblos, se resistían, "por sobre el miedo de los timoratos y las preocupaciones de la gente vana", a convertir los países hispanoamericanos en alfombra para naciones que les eran inferiores en grandeza y espíritu.

Emeterio S. Santovenia

Hacia una voluntad de Poder

2.—Política y Juventud

Por MARIANO PICON-SALAS

= *Envío del autor.* Santiago de Chile. Marzo de 1934 =

(*Véase la entrega pasada*)

También en la América Latina se ha empezado a librar el combate entre dos estilos de vida, entre dos concepciones de la Política. Las nuevas generaciones han vivido en estos últimos años todas las experiencias: desde el repudio y la abstención anarquista que indicaba hace dos o tres lustros el asco juvenil por una Política materializada cuyos intereses se escondían entre huecas palabras bombásticas, pasando después por el Marxismo que muchos aun confunden con la idea revolucionaria; y decidiéndose por fin, a la actitud vital, liberada, que hemos visto esplender por instantes en algunos movimientos de Cuba, de México o del Perú. Es un proceso de elaboración de una nueva conciencia histórica que sólo tiene significación si se prepara en el fondo de la personalidad que siente y entiende su tiempo, y si corresponde a las apetencias del pueblo. Si debe haber una Revolución americana ella valdrá en cuanto recoja la verdadera inspiración de nuestra Historia, en cuanto resuelva necesidades americanas y exalte en estos

pueblos inexpresados, el ímpetu creador. Pequeños grupos diseminados en el Continente, nos indican que ya empieza a surgir en los países indo-españoles la voluntad de crear la Historia.

Crear la Historia es vencer el fatalismo de la Naturaleza, infundir a la vida un sentido trascendente, dirigir los hechos antes de resignarse a que los hechos nos dirijan. En la mala Literatura revolucionaria se supone que las contradicciones del Capitalismo, el hambre de las multitudes, las corrientes de angustia que recorren el Mundo en las horas de Crisis, pueden por sí solas producir una Revolución y transformar la Existencia. Se deja que las causas obren por sí mismas como en ciertas enfermedades en que el médico se convierte en simple espectador, y apenas anota en el diagrama los grados de temperatura. Se confunden así los hechos históricos con los fenómenos naturales, y una Revolución se compara a una salida de mar o un terremoto, sucesos cósmicos en que no participa nuestro albedrío. El Materialismo histórico yerra en cuanto considera la Historia sólo desde este punto de vista catastrófico, en cuanto confunde el mundo material de la Economía con el mundo espiritual de la Cultura. Y enmendando la Profecía de Marx, los hombres de este tiempo empiezan a ver que la Historia no siempre se desliza por esa pendiente fatal de los hechos que se arrastran entre sí; que la Materia sólo importa en cuanto es controlada y dirigida por la volición de los hombres. De pronto aparecen generaciones, hombres, que imponen otro curso al devenir, cuya voluntad actuante carga de un sentido nuevo los hechos. Una Revolución es en este sentido una creación del espíritu, y sólo existe cuando hay una dirección, una voluntad de poder que utiliza la circunstancia para plasmarla y dirigirla. Y es que la Vida humana es un complejo no separable ni limitable, y así como Marx buscó en el mundo material de la Economía la clave del acontecer histórico, otros podrían fundar su interpretación en cualquiera otra forma como el anhelo religioso o el instinto sexual. Lo que importa no es, pues, revolucionar la Economía sino revolucionar la Vida. ¿Por qué, después que de acuerdo con la Apocalipsis marxista, se hayan repartido los bienes y sustituído una clase por otra, no seguirá latiendo en el alma humana esta apetencia de cambio, esta aspiración de subsistir y vencer la ciega Fatalidad que es el anhelo fundamental de todo sentimiento religioso? O sería deficiente una Revolución que sólo terminase en ese mundo material y no penetrara el Espíritu. El racionalismo marxista, reverso de la mentalidad burguesa, esclava como ella del mito económico, está sufriendo un rudo embate por el olvido de aquellas fuerzas primarias, instintivas y sentimentales que operan sobre la vida humana. Sentimientos como el de Nacionalidad que había querido destruir el positivismo revolucionario, ahora resurgen con un impulso nuevo. Y un tratadista de la Revolución rusa tan importante como Von Eckhardt, nos demuestra como la doctrina marxista para poder asir la realidad rusa ha necesitado vivificarse en el sentimiento nacional, en aquello que los doctrinarios llamaban desdeñosamente el patriotismo.

Interpretar estos hechos que aportan a la Historia un nuevo testimonio, una comprobación vital, es un deber honrado. Una doctrina política no es una fórmula estática e inmutable, de permanente eficacia mágica, y vale y adquiere sentido cuando se ha plasmado en el choque fecundo de la realidad. Amar al pueblo es decirle la verdad por encima de la limitación de una doctrina. Quien no es susceptible de recibir y cotejar experiencias, podrá ser un obcecado fanático pero nunca un político, es decir un escultor de realidades.

¿Qué vemos en el mundo, que nos estimula para la acción? Vemos que por sobre el implacable materialismo que sojuzgó la vida humana, que anarquizó la Economía hasta convertirla en un monstruo que se vuelve contra su autor como en la fábula de Frankestein, surge la esperanza de levantarse contra ese mundo podrido, de obrar sobre las cosas para transformarlas. Para el siglo xix oprimido por la voracidad burguesa, época donde el único heroísmo posible fué el heroísmo descentrado del lanzador de bombas o del bohemio que vive en su buhardilla escribiendo versos contra la Burguesía, la única doctrina revolucionaria fué la del resentimiento. Del inhumano egoísmo de los poderosos se pasaba en ecuación lógica al resentimiento de los oprimidos. Pero he aquí que el egoísmo y el resentimiento no pueden crear nada; pueden conservar ese mundo cerrado a la solidaridad, oxidado por la codicia, que ha sido el mundo burgués de nuestros días, o acorralar al proletariado en las grandes urbes del Capitalismo como una bestia enferma, sin esperanza, sin seguridad, sin destino. La Historia se hace con algo más puro que el resentimiento y el egoísmo; con la alegría y la decisión de crear. Fué este espíritu creador el que pobló de altos símbolos las Catedrales góticas, obras de una voluntad colectiva y solidaria, de pueblos que vivían históricamente y para quienes la Existencia tuvo un sentido de perduración; el que en el siglo xvi lanzó a los hombres a buscar las lejanas rutas oceánicas, el que electrizó de juventud a aquellos primeros ejércitos de la Revolución francesa, dirigidos por generales de treinta años, cuyas trompetas resonando sobre pueblos caducos y monárquías corroídas, anunciaban una nueva Humanidad. No importa que los ideales de hoy sean superados por los ideales de mañana; lo que se pide a cada generación no son tanto las ideas que amarillan y se envejecen en las páginas de los libros, sino la actitud vital, la responsabilidad gozosa o heroica del que pasó por su tiempo dirigiéndolo o dominándolo.

Nuestras tierras americanas esperan esa alegre legión de constructores. Sobre el materialismo que nos gobernó, sobre aquella fatalidad de las fuerzas mecánicas y el asco de aquella sórdida política—sin impulso, sin perspectiva—que ahora diez o quince años condenó a la juventud al anarquismo y la enconada abstención solitaria, surge la esperanza de actuar para vencer el atraso y la depresión en que nos sumieron. A las nuevas generaciones se les plantea el dilema de perecer en la curva de descenso a donde nos empujaba esa política que convirtió la América Latina en una serie de factorías del capital extranjero y entregó a la juventud una Economía y un alma encadenadas, o decidirse heroicamente a cambiar el ritmo y el tiempo vacilante de nuestra Historia.

Y tenemos una gran posibilidad creadora. La América Latina—fuera de los años gloriosos de la Independencia—, no ha dicho todavía al mundo de lo que es capaz. Estamos ante el Universo como aquellos primeros románticos alemanes que a fines del siglo xviii, deprimidos y humillados en un pueblo disgregado por la anarquía, imitando las formas de una cultura extranjera, se lanzaron de pronto a buscar su alma nacional. O bien preguntamos por nuestro destino, por la razón de nuestra existencia, como aquellos rusos del siglo xix que en las novelas de Dostoieski se mueven con un anhelo místico, todavía informe y demoníaco.

Esperamos sobre el horizonte gris de nuestra existencia, la voluntad magnífica de los escultores de pueblos. A la resignación y el fatalismo de los hombres que no vivieron, que vegetaron en las fórmulas adquiridas, que se agarraron como hongos al estercolero de su rutina, oponemos nuestro designio de vencer.

Paz en América

Por ROBERTO MEZA FUENTES

= De *El Mercurio*. Santiago de Chile.—Envío de *E. C.* =

I

"Inclitas razas ubérrimas,
sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos,
luminosas almas, ¡salve!"

Así comienza el poeta de América su canto de esperanza en el cercano porvenir. Y afirma su fe en palabras proféticas:

"Porque llega el momento
en que habrán de cantar
nuevos himnos lenguas de gloria"

En la abrupta tierra del continente se apaciguan y calman las voces de discordia: resuena en los ámbitos, estremecidos por la bélica contienda, un sereno llamado de paz; del norte y del sur, del oeste y del este hay hombres de buena voluntad que sujetan los brazos del hermano, armados contra el hermano; que defienden la cosecha en flor de los hijos y la augusta y santa ilusión de las madres y de las hermanas.

América, tierra de porvenir, significa esperanza. Tiene la majestad inédita y virgen de lo desconocido; guarda en su seno la sustancia pura en que habrá de echar raíces para siempre la semilla del árbol de la paz y el amor.

Purificados por el dolor y la desgracia comprenderán nuestros pueblos que sólo en la armonía de la obra común puede haber esperanza de salvación. Y cuando no escuchen a sus malos pastores y puedan oír que resuena libre y diáfana la voz de su propia conciencia, bendecirán los arados que surcan la tierra, los barcos que tienen en el mar su cuna y su tumba, los aeroplanos que escriben en el cielo la tragedia del heroísmo armonioso, los trenes que perforan la montaña para llevar a través de las fronteras los hombres y el trabajo del hombre.

¡Benditas las creaciones de la inteligencia que nos enseñan a ser buenos, derramando sobre la humanidad entera lo que de nuestros maestros aprendimos, lo que de nuestra tierra recibimos, lo que de nuestros padres heredamos!

Porque en la cruz del sufrimiento cotidiano aprende el alma a dialogar con su Dios y a elevarse hasta El en la escala de seda de la humildad y el sacrificio. Fuerzas oscuras, venidas desde el comienzo del mundo, nos mueven, nos gobiernan e inspiran. Pero, sobre todas ellas, impone el amor su imperio celeste. Y por el amor, que nos dió vida, no podemos nosotros matar a nuestros hermanos.

Por eso en la alborada de los días pascuales una voz de paz resonó por los pueblos de América. Otra vez los cielos se abrieron para que los hombres escucharan el mensaje de la voluntad divina. Y mientras Dios sentía su gloria en las alturas, en la tierra crepitante de llamas y encendida de odios, la paz, como un viajero extraviado, iba buscando su hogar en el silencio de la tarde.

II

Dijo un día Bolívar, en medio de la fiebre del delirio, que dominaba el Universo con sus plantas y tocaba el Eterno con su mano. Dueño de un continente, se embriagaba de triunfo y de gloria al soñar el destino que esperaba a esta tierra después de abatir en ella para siempre hasta la sombra de la tiranía. Pero he aquí que una voz de lo alto habla con él, en su escenario de ríos caudalosos y montañas salvajes y le hace recordar su limitada y efímera condición humana. Tiene Bolívar la visión del genio y él mismo sofrena con sus manos inquietas esa imaginación desordenada y romántica que puede destruir su obra antes que comience a florecer. Porque no se aniquila una tiranía para que rueden los pueblos al abismo sino para crear un orden nuevo que haga la felicidad de los hombres, dignificándolos en el ejercicio del don excelso de la libertad.

"El reino de Chile, escribía Bolívar, está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y el Asia llegaron tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto infeccionado del resto de los hombres, no alterará sus leyes, usos y prácticas, preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas. En una palabra, Chile puede ser libre".

El semidiós voluntarioso y romántico se transformaba en el hombre meditativo y sereno que leía en las estrellas de la noche continental el destino de los pueblos que iban naciendo al paso de su corcel de vencedor.

III

¡Y fué Chile la tierra de los oprimidos, el hogar de los hombres que padecían persecución por su altivez y por su dignidad civil. Un día, Sarmiento, consumido por la pobreza y la fiebre creadora, escribe áspera y amorosamente sus sueños de proscrito iluminado y genial. Escribe, forja, combate, pelea, construye. Modela en la escuela primaria el alma de las generaciones futuras; publica en un folletín que después recorre el mundo, sus tajantes ideas sobre la civilización y la barbarie; destruye con sus armas ideales la tiranía que afrenta a su patria y llega un día, héroe de una laica jornada, a empuñar el bastón de los presidentes de la nación

argentina. ¡Cayado de pastor en manos egregias, apacentadoras de almas y de conciencias!

IV

En su Montevideo reverberante José Enrique Rodó habla por parábolas a la juventud de todo un continente. Soñaba en Grecia y evocaba los genios alados nacidos al conjuro de la pluma de Shakespeare. La esperanza del general victorioso resucitaba en el silencio austero de una biblioteca donde un hombre solitario, taciturno, misantrópico, soñaba y escribía mágicas palabras de unión y de fraternidad.

¿Será el destino de América no escuchar el mensaje de sus hombres ilustres? El sueño de Bolívar, el general, se enlaza con la plática de Rodó, el intelectual. La leyenda del héroe y la palabra del maestro han recorrido toda la ancha faz del continente y han suscitado en ella los movimientos más fervientes de la admiración y del amor.

Y, sin embargo, como ayer, seguimos soñando y esperando ese tañido matinal de campanas que anuncie la hora de América en los destinos del mundo.

V

Rubén Darío apoyó en Chile su cabeza de bohemio, en la dura almohada de la necesidad y la pobreza. Pero, contra la adversidad de los medios materiales, encontró corazones abiertos y mentes generosas que comprendieron su sed de poesía y escucharon con amor su canción que anunciaba la aurora. Y el poeta, triste y silencioso, olvidó sus fimas y sus abrojos para escribir un canto épico a las glorias de la tierra hospitalaria de sus dolores y de sus miserias.

Y a través de su vida errante llevó a Chile en el alma y soñó en un país grande, serio, organizado, amigo de la paz y amante del trabajo. El poeta soñaba y sentía como el Libertador y su magistral exégeta.

VI

Otros soñadores han paseado su planta ligera sobre este pueblo sobrio y triste que, a la sombra azul de su montaña, sueña en la enérgica y maravillosa incitación del mar. Ultimo rincón del mundo, cría Chile unos hijos andariegos que dejan en todas parte la huella de sus brazos laboriosos. Y el viajero mira maravillado nuestros valles que tienen en la paz de la tarde una serenidad religiosa y solemne.

¡El hombre soltario siente poblada el alma de voces que lo sumergen en su meditación interior o que lo llaman a la conquista y el dominio del mundo. La bíblica epopeya del trabajo es un himno de paz y de esperanza para las conciencias honradas. Regresa el labriego con su rebaño y se enciende la luz del hogar que aguarda con su ternura cotidiana y eterna.

En la pampa argentina pasea don Segundo Sombra su figura patriarcal. En el hogar campesino de Chile cuenta el Tío Ventura sus consejas olorosas a albahaca y a menta, frente al coro entusiasta de los niños deslumbrados.

Y siempre hay cuento de guerra, héroes valientes y soldadillos astutos que triunfan y son magnánimos y generosos con sus amigos e implacables y terribles con los vencidos.

El alma infantil se llena de visiones y cree escuchar en el viento voces que llaman al camino de la aventura. Pero el buen ángel les habla en el sueño y les dibuja un paraíso de amor en que todos los hombres se quieren como buenos hermanos que juegan y cantan. El canto enlaza las almas y las llena de una vaga ternura que rima con la espiga y la estrella.

VII

Arden en América hogueras que encienden y avivan el odio de pueblos hermanos. Y al lucir la alborada de un año, suena la voz de enterrar a los muertos y levantar, para siempre, luciente, divino, armonioso el amor que fecunda la tierra e ilumina los cielos. Como en una cadena se enlazan y funden los pueblos en una alianza tan recia que no podría abatirla ni el maldito furor del infierno. La cordillera se baña en la luz de la aurora y vé nacer a los hombres que dicen las nuevas palabras y sueñan y forjan la paz del futuro. Pueblos resonantes de usinas dan al trabajo su vigor entusiasta, miran las madres con esperanza a los hijos y los niños sienten pasar al abuelo como a un patriarca luminoso y antiguo que viniera a derramar la dulzura y la abundancia de la tierra.

La cadena se funde enternecida por un fuego divino y los hombres sienten latir la campana matinal de la paz en la tierra de América.

Alba del 934.

Soñaba el Abad de San Pedro; y yo...

(Viene de la página 218)

medidas de bien para todas las provincias en particular y para la América en general.

Se estrecharían las relaciones de los americanos unidos por el lazo grande de un Congreso común: aprenderían a identificar sus intereses; y formarían **a la letra**, una sola y grande familia.

Se comenzaría a crear el **sistema americano**, o la colección ordenada de principios que deben formar la conducta política de la América, ahora que empieza a subir la escala que debe colocarla un día al lado de la Europa que tiene su **sistema** y ha sabido elevarse sobre todas las partes del Globo.

La América entonces: la América, mi patria y la de mis dignos amigos, sería al fin lo que es preciso que llegue a ser: grande como el Continente por donde se dilata: rica como el oro que hay en su seno; majestuosa como los Andes que la elevan y engrandecen.

Oh Patria cara, donde nacieron los seres que más amo! Tus derechos son los míos, los de mis amigos y mis paisanos. Yo juro sostenerlos mientras viva. Yo juro decir cuando muera: **Hijos, defended a la América.**

Recibe, Patria amada, este juramento. Lo hago en estas tierras que el despotismo tenía incultas y la libertad hará florecer.

Cuando no era libre, mi alma, nacida para serlo, buscaba ciencias que la distrajesen, lecturas que la alegrasen. Vagaba por las plantas: estudiaba esqueletos: medía triángulos, o se entretenía en fósiles.

La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba: América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América.

En este suelo nacimos: este suelo es nuestra patria. ¿Será el patriotismo un delito?

José Cecilio del Valle

En el *Amigo de la Patria*, Guatemala, el 1.º de marzo de 1822, se publicó este artículo.

INDICE



OTROS LIBROS

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

LETRAS

"Bolívar y Martí", por Emeterio S. Santovenia

= De *Denuncia*, La Habana, Cuba. *Envío del autor* =

En lo hondo de los destinos de América, los esfuerzos liberadores de Bolívar y Martí se complementan en maravilloso concierto. Al uno le tocó el empeño de cambiar su condición propugnando su derecho de ser libre, y conquistándole con la espada esa libertad. Martí llegó cuando aun parte de esa América no había logrado su liberación y era preciso completar la obra de Bolívar. Por eso dijo: "Bolívar aun tiene que hacer en América". Aunque Bolívar se entregó con primordial empeño a la obra primera que habría de darle el título de Libertador, no olvidó la necesidad imperiosa de llevar a los pueblos a la plena posesión de su ciudadanía, para lograr verdaderas repúblicas. Martí, al propugnar la libertad de Cuba, proclamando que América no era libre mientras parte de ella no lo fuera, seguía las huellas del Libertador.

Bolívar y Martí pusieron el hombro al empeño de hacer surgir en América un mundo nuevo, libre y pujante. Sus carreras de hombre les llevaron, por contrarios inicios y bajo signos diversos, a idéntica sublimación del dolor, hasta convertirlo en fuente de entereza y designios. Si en uno había cierta propensión al gesto grandilocuente propio del hombre de espada, y en el otro el tono humilde del redentor de hombres, en lo hondo sintieron de modo muy parecido el destino de América.



Emeterio S. Santovenia

El propósito de acercar los mensajes de estos dos hombres, que en la obra americana son dos impulsos complementarios, se cumple esencialmente en este libro útil y justo. La luz de Martí iluminando la obra de Bolívar, y la claridad martiana alumbrando el camino de América, son designios que se realizan en un aliento único. Con maestría y amor, las dos vidas van desenvolviendo paralelamente sus carreras hacia términos idénticos. Fundadores de pueblos fueron y sus palabras nos llegan, limpias y aun vigentes.

Santovenia nos ha dado su más acendrada contribución al conocimiento de lo fundamental americano en la vida y obras de Bolívar y Martí, con este libro que ahora comprendemos cuán necesario era, y que de hoy más resultará imprescindible. No podíamos suponer tal cúmulo de acercamientos entre las figuras máximas de la americanidad; sobre todo, un camino tan parelelo en las esencias, entre aquellas vidas.

Martí recogió en su obra el eco disperso de Bolívar, y lo instrumentó con valores nuevos y humanos. Se conoce mejor sus mensajes acercándolos, como en este libro se hace.

Félix Lizaso

La balada de León y Granada en Nicaragua

= *Colaboración* =

Yo no soy de ninguna parte. Buscan las manos.
Y los pies y los ojos y nada, nada, nada!
Iba con dos amigos, más que amigos hermanos,
deshojando las rosas de brujas en Granada.

Como León, Granada, tienes un no se qué
de cuentos, de leyendas, de nostalgias, d'olvido
d'árboles silenciosos empapados de fe,
para versos que suenan por detrás del oído.

Jalteva, San Francisco, La Merced. Nunca pasa,
mi Brujas que por muerta, permanece más viva,
y mi alma en el seguro remanso de su casa
es un ciervo nervioso de gracia fugitiva.

Auténticas ciudades y clásicas son éstas,
con penumbras humanas y luz de monumentos:
de Don Juan, de Don Pedro, de minúsculas gestas,
donde juega la historia desmenuzada en cuentos.

Algo de Comayagua, algo de Cartagena,
luz gótica de Brujas, buen olor de Toledo:
y alterna con el llanto de las almas en pena,
la risa maliciosa de Fernández d'Oviedo.

Yo no soy de ninguna parte. Mis experiencias
humanas son atroces, quién fuera jabalí!
En puntos suspensivos, bajo las reticencias,
en Brujas, con mis versos de Flandes, para mí.

En Granada, en León se puede vivir, pero,
en una casa aislada, que nadie se dé cuenta,
como Hamlet, los dedos en los labios, señero,
ciervo, que al ver su sombra tembladora, se ahuyenta.

Mientras viene a tocarme, con su Mano que toca,
el Divino Señor de la paz verdadera,
y florezcan mis ojos, mis manos y mi boca
y mis pies, bajo el Día de claridad primera.

A. H. Pallais, Pbro.

En Brujas de Flandes, a los siete días del mes de Enero de 1934.

Imprenta «LA TRIBUNA»